

Obra: Gaia

Pseudónimo autor: DWASF

¿Que por qué me fui? Vete a saber... me fui y ya está. ¿Importa algo a estas alturas? No podía soportarlo más. No fue mi padecimiento en sí, sino ver sufrir a mis seres queridos. Cuando uno descubre que tiene una enfermedad su mundo se viene abajo. Ahora bien, algunos somos capaces de pensar en los demás. La idea de mi muerte solo me torturó unos segundos. El vacío que dejaría en los míos para siempre me heló el corazón.

¿Fue cobarde por mi parte? No lo negaré. Es cierto, realmente ni avisé de que me iba. Un día me esfumé. Ni siquiera había meditado esta determinación; improvisé. Posiblemente mi familia diera el parte a la policía y la fotografía de mi cara ganara su minuto de gloria en la televisión y las redes sociales, para acabar finalmente engrosando la lista de desaparecidos. Desaparecido... me gusta como suena. Ya no estoy, pero realmente estoy. ¿Cómo aclararse?

Vagué. Me gustaría decir que viajé, pero no es cierto. Simplemente desplazé mi penoso cuerpo por la ciudad hasta que abandoné el calor de los edificios de la periferia. ¿Hacía calor o frío? No recuerdo. No soy capaz de visualizar aquellos momentos porque hace ya mucho de eso, pero es curioso cómo vienen a mi memoria todas las emociones que sentí. Sí que me acuerdo de que el clima me molestaba. O bien llevaba demasiado abrigo, o bien me había quedado corto. Tampoco mi calzado ayudaba. No sé si eran los zapatos de trabajar o las alpargatas de ir por casa. ¿Qué se yo? Pero eran horribles para caminar por la tierra.

La tierra. Aquella fue la última vez que pisé el asfalto. Pasé de una tétrica calle a la arena del suelo natural. Me dolían las piernas y ni siquiera había caminado diez kilómetros. Aquellas extremidades inferiores que gastaba por aquella época eran cortas y poco funcionales. Todo mi cuerpo era, muy a mi pesar, una ofensa a la naturaleza. Pertenecía a la misma especie de homínidos que había conquistado el mundo, mis antepasados eran capaces de correr detrás de una manada de mamuts durante días y yo tenía que coger un taxi para volver a casa si una noche cenaba demasiado. En fin... ahora estos detalles me parecen insignificantes, pero en aquella época me atormentaban.

El bosque. Cuando los primeros árboles me dieron la bienvenida me sentí bien. El viento mecía sus hojas ululando con cierta armonía. Tanto anduve que abandoné por completo la civilización, aunque en ocasiones me encontraba algún pañuelo, colilla o lata que atestiguaba que por allí habían pasado previamente mis peculiares congéneres. De cualquier forma, la naturaleza devoraría aquellos desperdicios, pues siempre lo hacía. Tenía tiempo, y ni las rocas más firmes pueden contra el tiempo. Recuerdo que aquel entorno salvaje me conmovió. No se imaginen una frondosa selva de palmeras o robles. Allí solo había bosque mediterráneo y mi cuerpo enfermo avanzaba entre chaparras, aliagas y algún pino.

Tarde o temprano me cansé. No podía más. Me sentía frustrado. No recuerdo los motivos pero creo que se debió a que esperaba que me encontrara la muerte y no fue así. De cualquier forma, me tumbé entre unos matorrales y me dormí. No sabría decir cuánto tiempo estuve abandonado a los brazos de Morfeo, pero sí que recuerdo que al volver a la realidad me sentía diferente. Ante mí pude ver a un corzo que pastaba nervioso. No me había

visto pero debió de haberme oído, porque miraba a diestro y siniestro mientras rumiaba la hierba. ¡Ah, yo sí recuerdo perfectamente su embriagador olor! Aquel tono almizclero, su sudor, los restos de heces y el polvo que se había apelmazado en su pelaje eran inconfundibles. Hedía, pero era el hedor de la naturaleza salvaje. ¿Y no era también su imagen algo bellísimo? Uno de sus ojos lucía un aspecto nacarado, posiblemente se había quedado tuerto en una pelea. Y sobre su cuello y alrededor de las orejas una miríada de garrapatas pugnaban por seguir sorbiendo su vitalidad. Cuando reparé en que yo también llevaba varias garrapatas el corzo fue consciente de mi existencia y huyó despavorido. ¿Cómo no? Aquellos espeluznantes parásitos podían permanecer años agarrados a una rama, esperando a que un incauto se echara a dormir justo debajo. El mundo salvaje era así; no tenía piedad. Aquella siesta me hizo partícipe de la enormidad de la naturaleza. En otros tiempos hubiera corrido aterrorizado a un hospital a que me las arrancaran de la piel. Ahora las dejé estar... ¿pues no habían llegado a un fin evolutivo igual que yo?

Ahora mis recuerdos se emborronan. Diría que seguí vagando. Pasó la noche y pasaron varios días más. No me permití beber, y no fue porque no quisiera, sino porque ya no era consciente de tener sed. Mi cuerpo ya no importaba. Lo rechacé, quizá debido a que quise huir de mi enfermedad. Además, el bosque era demasiado hermoso para perderse cualquier detalle. Tantos años lo había tenido tan cerca de casa y jamás había podido verlo de aquella manera. Quizá cuando estás tan preocupado por el trabajo, por ganar dinero, por comprar un buen coche, de que a los hijos no les falte dinero, por no descuidar a aquella amistad de la infancia... dejas de ser consciente de la rareza y majestuosidad del mundo que nos rodea. Sé que habían pasado solo unos días pero tenía la sensación de que eran años. Me sentí más sabio pero mis piernas no me llevaban ya, quizá por la deshidratación, de modo que volví a tumbarme. Seleccioné un lugar precioso. Una encina baja ofrecía un recodo que se encontraba flanqueado por una piedra blanca cubierta de líquenes. Una pequeña aliaga crecía peleando con un romero. Aquel sitio elegí para yacer, y aquel importante lugar se convirtió en mi tumba.

Me morí. La gente no es capaz de pronunciar esas dos palabras porque hace falta estar vivo para hacerlo y una cosa contradice a la otra, pero yo fui capaz de hacerlo. No sé cuáles son los motivos que hacen que siga siendo consciente pese a estar muerto, pero aquí estoy. Quizá sea este el lugar al que van las personas tras la muerte, puede ser, ya que nunca nadie ha vuelto para contarlo y de ser así pasaríamos la vida en la más ruin de las ignorancias. De cualquier forma, aquí estoy, solo. El ruido ha desaparecido, y esto me ha permitido darme cuenta del enorme poder de mi consciencia. Sé, por ejemplo, que conmigo murió mi enfermedad. Aquella dolencia acabó con mi mundo, pero ahora me parecía tan insignificante.

Allí yacé, y, quizá, yago todavía. Lo primero que ocurrió es que mi cuerpo se hinchó. Poco me importaba, pues ya no me pertenecía. Sabía que el olor putrefacto había invadido el lugar pero no me molestaba. Atrajo a algunas alimañas pero fueron los gusanos los que hicieron la mayor parte del trabajo. Fue divertido tenerlos ahí comiendo durante días. Ahora no soy muy consciente del paso del tiempo, por lo que no sé cuánto tiempo tardaron en reducir aquel cadáver que un día me perteneció a huesos y pellejos.

Y entonces comenzó la magia. La encina creó relucientes bellotas que cayeron al suelo. Una familia de jabalíes pasó y se las comió. Ignoraron mis

huesos, pero yo pude nuevamente ser consciente de su inmundicia fragancia animal, de su duro pelaje y de sus salvajes colmillos. Era precioso. Los puercos se marcharon pero antes de que pudiera darme cuenta el árbol que me cobijaba había producido nuevamente una generación de frutos. Realmente, ahora yo también creía haber creado aquellas tiernas bellotas, pues parte de mi materia había sido absorbida por las raíces de aquella criatura vegetal. La familia porcina regresó, pero ahora los jabatos eran fornidas criaturas adultas. Los sentí familiares. ¿No formaba yo también parte de ellos?

Así fue pasando el tiempo. Un zorro cazó una vez un ratón que se había encaramado a mi tronco. Dos ginetas pelearon a vida o muerte entre mis ramas. Un hombre y una mujer jóvenes aparcaron un coche cerca, se apearon, se abandonaron a la pasión y al sexo y se fueron por donde habían venido. No vieron mi antigua carcasa, pero mis huesos habían comenzado a desintegrarse y los líquenes crecían sobre ellos camuflándolos a la perfección. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuántos años tendrían aquellos seres humanos que un día fueron mis hijos?

Tiempo después un incendio arrasó todo a su paso. La encina desapareció y gracias a ello pude tener una fabulosa visión del firmamento. Tantos años allí y ni siquiera había alzado la atención al cielo, pues el suelo me parecía una maravilla. Las estrellas y la luna aparecían por un lado y se movían a toda velocidad hasta ocultarse por el otro, para dar paso al sol, que hacía lo mismo. En ocasiones el día era tremendamente tórrido y la luz abrasaba el suelo, otras veces las nubes encapotaban el cielo e incluso descargaban un torrente de agua sobre el lugar donde descansaba. El incendio destruyó la naturaleza, de modo que el agua devastaba el suelo. Sin embargo, la vida siempre emergía, de modo que no tardé demasiado tiempo en producir los primeros brotes, que poco a poco fueron cubriéndome. Pasaron años pero finalmente otra encina ocupó el sitio que había ocupado su predecesora. Los animales volvieron, pero no tardaron en marcharse. Los humanos pasaron y talaron todo el bosque, dejándome de nuevo desnudo. Lo que otrora fue mi materia se había esparcido a kilómetros de distancia, de modo que ahora era más consciente que nunca.

La vegetación volvió a florecer. Un tierno brote de encina alcanzó un metro de tamaño pero fue aplastado por lo que parecía un tanque. Cayeron bombas y nubes de gas tóxico volvieron a destruir toda la vida. Todo parecía indicar que los humanos libraban una guerra pero, realmente, no podía importarme menos. ¿Quién le prestaría atención a una guerra cuando un escarabajo había muerto a escasos centímetros de donde una vez pereció mi cuerpo de criatura viva? Durante varios años mi único divertimento fue ver cómo su carcasa de queratina se iba descomponiendo. Ser una consciencia ligada a la naturaleza tiene esas ventajas. Tenía tanto tiempo —realmente tenía la eternidad— que aquel proceso de biodegradación pasó ante mí en lo que no me parecieron más de 10 segundos. El escarabajo ya no existía... igual que mi antiguo esqueleto.

¿Y la piedra? Aquella fenomenal estructura rocosa sufría constantemente la agresividad de la madre naturaleza. Se mojaba, se secaba, le daba el sol, se volvía a mojar, era corroída por los excrementos ácidos de las aves que se posaban en mis ramas, el viento se escurría entre sus fisuras, las raíces de una pequeña criatura herbácea se hacían hueco y medraban a su costa... Finalmente, hasta la piedra quedó reducida a polvo. Había pasado

tanto tiempo que ya era consciente hasta de la existencia de la materia inanimada. Aquel pedrusco desecho también formaba parte de mí.

En un momento dado, el silencio fue brutal. Los aviones no surcaban el cielo y hacía tanto que no veía a un ser humano que hasta me olvidé de su existencia. Tampoco tenía tiempo para lamentarme, pues nunca antes me visitaron tantos animales como en aquellos momentos. Las criaturas pasaban sobre mí durante una fracción de segundo. Yo sabía que no podían desplazarse tan rápido, sino que era el paso del tiempo el que aceleraba sin piedad. Los jabalíes cambiaron y se convirtieron en otra especie. También los corzos. Los lobos siguieron siendo más o menos igual... la naturaleza siempre premia la perfección perpetuándola.

Los períodos de tiempo dieron paso a las eras y estas a los eones. La naturaleza jamás había sido tan exuberante. El reloj solo se detuvo durante una fracción de segundo cuando una especie animal desarrolló la capacidad de producir herramientas, organizarse en aldeas, escribir en la madera e incluso crear una cultura. No duraron mucho, o, al menos, eso me pareció a mí.

Dos o tres eones después el tiempo volvió a paralizarse cuando una nave espacial aterrizó en a escasos metros de donde mi consciencia había abandonado mi carcasa vital. De ella descendieron grotescas criaturas. Las odié desde la primera vez que las vi, pues nada en ellas me resultaba familiar. No tenían ningún nexo con mi consciencia y eran totalmente alienígenas a todo lo que fui, fuimos, era, éramos, seré y seríamos. Afortunadamente, no estuvieron mucho tiempo.

En un momento dado, el cielo se ennegreció. Una densa nube de polvo lo cubrió todo y hasta la última de las criaturas vivientes, plantas, animales, bacterias, hongos y protozoos pereció. La tierra comenzó a ser devorada por el aire y lo que otrora fueron imponentes estructuras rocosas se pulverizaron ante tanta violencia indómita. El suelo, que había permanecido indemne durante todos esos millones de años, se resquebrajó, dando paso a lenguas ígneas de lava que brotaron abrazándose al cielo. Poco a poco la roca fundida invadió y conquistó el planeta entero, convirtiéndolo en un punto ocre en medio del abismal universo. Me sentía cansado, pues ya no me quedaba nada por ver o sentir. Era tremendamente sabio pero no podía compartirlo con nadie. Sin embargo, mi vida había sido muy entretenida, pues la había dedicado a maravillarme con la grandiosidad de la naturaleza.

Finalmente, perecí otra vez. Es el fin, pues ha llegado el momento en que hasta lo que está muerto puede morir.

Sin embargo... Aquí sigo. Pensando y siendo consciente.

Curioso.